

Lunes 6 de Noviembre de 1922

EL PROBLEMA ETNICO

Un amigo benévolo, me dijo ayer, hablando del señor Vasconcelos, que no había que alarmarse de la originalidad de sus ideas, porque, al fin y al cabo, el señor Vasconcelos "es un apóstol".

Mi fe es escasa y me alcanza al justo para creer en los doce de que habla el Evangelio. Un apóstol más... y rebalsa.

No puedo, pues, creer, mal que me pese, en el apostolado de nuestro último huésped. Esto no quiere decir que desconozca en él otros méritos. Su palabra elocuente e hiperbólica, sus hermosas teorías y, sobre todo, su incontrastable buen humor.

Porque el Ministro de Instrucción de México, contra lo que es costumbre en los Ministros, goza de una hilaridad pertinaz y terrible.

Su primer impulso es una carcajada.

Predica fronteras amplias; pero se ríe de las fronteras. Anda en un buque de guerra acompañado del general Pérez Treviño; pero se ríe del ejército.

En lo único en que el señor Vasconcelos se parece a nuestros Ministros, es en las rectificaciones.

¡Y bien venidas sean ellas! La gente no se podía conformar, después de la sugestiva declaración de las visitas, con la suerte del austero militar Pérez Treviño, enviado según parecía por el Gobierno de México para costear la hilaridad de su Ministro, en calidad de miembro del Ejército.

Por otra parte, el asunto de las fronteras nos tenía quisquillosos. Son muchos los propagandistas que vienen a pedirnos que suprimamos las fronteras y que, sin embargo, ponen el grito en el cielo, cuando alguno de sus vecinos intenta hacer caso omiso de ellas. Si no hay países diversos, si todos en América formamos una sola patria, no se ve el interés ni el objeto de modificar los actuales límites geográficos.

La misma teoría de las agrupaciones étnicas, sustentada por el señor Vasconcelos contradice su sistema de la eliminación de las fronteras o más bien dicho las sitúa sólo al Norte de México, punto en que vendrían a tocarse las razas anglo-sajona y latino-americana, o sea las dos grandes colectividades en que aspira a dividir el Nuevo Mundo, la política de amor y pacifismo que propicia.

En realidad, el problema étnico de América es más complejo. La raza hispana y la aborígen no están bien fundadas.

Hay países en que predomina el elemento español y otros en que triunfa el indio. De ahí el diverso grado de organización gubernativa, respecto a las leyes, y, en una palabra, civilización de las distintas naciones. Más que las diferencias de origen y de lengua, suele separar a los pueblos la diversidad de cultura. El cerebro primitivo del indio, falta de tradiciones políticas, acoge sin beneficio de inventario las ideas más extravagantes, las reformas más utópicas y es víctima constante del caudillaje y las revoluciones. ¿Cómo realizar una agrupación étnica en América, antes que sus diversos componentes hayan solucionado el problema de razas, dentro de sus propios países?

Se necesitaría un apóstol; pero de esos que, no sólo predicaban el amor, sino que hacían, además, milagros.

Y, ya lo he dicho, no me alcanza la fe para creer en los prodigios del señor Vasconcelos.